

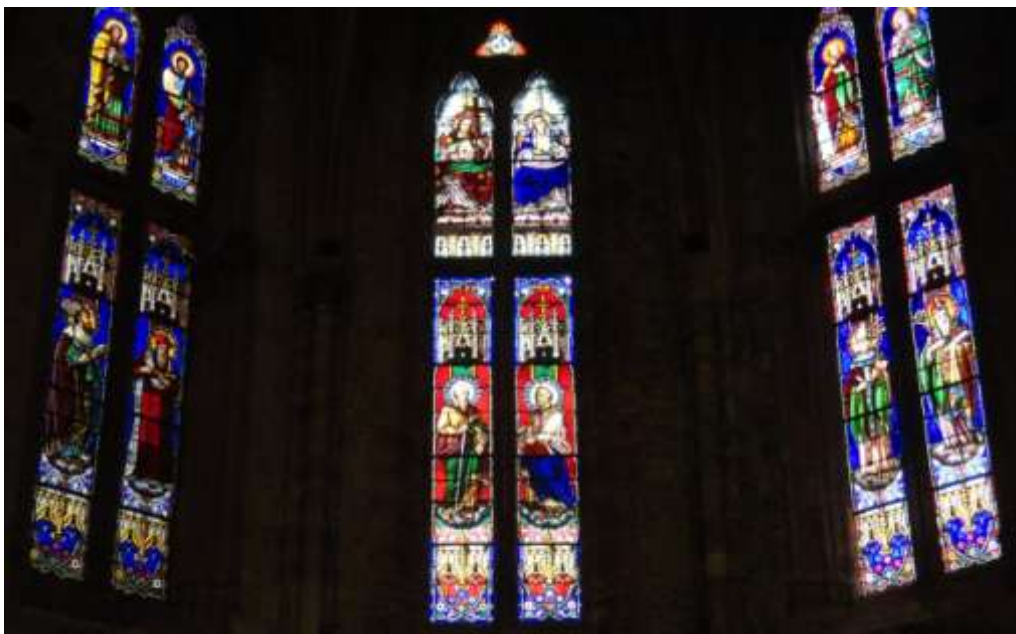
ARTE RELIGIOSO EN EL INICIO DEL CAMINO DE SANTIAGO (I)

Moisés Cayetano Rosado

El Camino de Santiago es un tesoro natural y artístico de orden monumental. Los paisajes montañosos de los Pirineos y el norte de la Península ibérica constituyen un recreo extraordinario para todos los sentidos; el arte derramado por campos, pueblos y ciudades -arquitectónico, escultórico, pictórico...-, un tesoro difícil de igualar. No en vano la UNESCO declaró al Camino Patrimonio de la Humanidad en 1993, reafirmando al francés en 1998.

Y en el sur de Francia, al borde de los Pirineos, comenzamos un breve recorrido por el inicio del Camino de Santiago. En Saint-Jean-de-Port, poco más debajo de donde confluyen las tres grandes vías de peregrinaje, de Tours, Puy y Vézelay.

Me impresionan su cerca medieval, sus refuerzos artillados, la ciudadela del siglo XVII; pero como ahora vamos mirando el arte religioso, hemos de apuntar su Iglesia de Notre-Dame, al lado del puente que da acceso al barrio extramuros de los españoles. ¡Magnífica iglesia y magníficas vidrieras que alumbran la penumbra de un interior gótico triunfal! El mensaje de las vidrieras acompaña el contenido con su luminosidad, como un guiño de cercanía a lo divino.



Pasando Roncesvalles, resulta difícil la elección de paisajes y lugares. ¡Ah!, esos templos románicos, rematados en empinados góticos, como la Iglesia de Santa María la Real, de Sangüesa, con sus tres ábsides que la abrazan por detrás, su magnífica portada mostrando el Juicio Final y el triunfo de Cristo, su torre que parece la del Homenaje de un castillo, con remate en pirámide afilada...



Y tantas veces, a su lado, los claustros aiosos, impresionantes en su sosiego, sus arcadas sobrias en unas ocasiones y recargadas de puntillas de piedras en otras, desde el románico austero al gótico florido, con remates a veces del Renacimiento y Manierismo.

Se me queda grabado el del Monasterio de Irache, en Ayegui, sencillo en sus arcadas apuntadas, apoyadas en pilares octogonales, con resaltados contrafuertes y sobreclaustro manierista. No es el más espectacular, pero su placidez, el ligero abandono de sus instalaciones, que recorreremos al detalle en las partes incluso no ofrecidas al público, nos llaman especialmente la atención.



Y al lado, Estella, todo un derroche urbano de belleza, acentuado en sus iglesias, entre las que es difícil escoger. Pero me quedo con el tímpano de la portada de la del Santo Sepulcro, llena de movimiento en sus escenas. Abajo, se representa la Última Cena, donde no falta detalle ni en los gestos significativos de los trece personajes, ni en las comidas sobre el mantel o los pliegues de éste, que caen entre fruncidos espectaculares, dejando no obstante ver los pies de todos los comensales; al medio, la Resurrección de Cristo y su Descenso a los Infiernos, magistral puesta en escena del milagro divino y el terror de las condenas; arriba, curiosa Crucifixión, algo más arcaizante, jerárquica en la presentación de personajes, con los dos ladrones pequeñitos a ambos lados y Cristo al medio, martirizado por sayones y asistido por la Virgen y San Juan.

¡Cómo se les mostraría, cómo se explicaría todo este conjunto doloroso y a la vez triunfal a los fervientes peregrinos, con esa advertencia fatal de las entrañas del infierno! No falta ni un detalle para sobrecogerse: unos de miedo y otros, ahora, de admiración ante una obra tan completa. Ese modelo de portadas, de tímpanos, nos irá acompañando en todo lo largo del Camino.



Acaso, tras este sobresalto, habría que encaminarse hacia Pamplona, y visitar su portentosa catedral, de la que quiero recordar, puntualmente, entre sus muchas joyas -inabarcables por su enorme grandeza-, el retablo gótico de Santo Tomás. Toda una filigrana de molduras, con el Santo y Cristo -paciente ante su incredulidad- en el centro, en tallas hermosísimas, con su alarde de pliegues dorados de los mantos. Y rodeándolo, las tablas historiadas, resumida al completo -de principio a fin- su vida y su mensaje.

Desde ese borde sur francés hasta Navarra, nos habremos asomado brevemente a un ápice de su tesoro artístico, para probar lo que, acercándonos, constituye un derroche de arte y de creatividad que merece ver y volver una vez y otra sobre él. ¡Ánimo y a descubrir lo que aquí únicamente se señala!

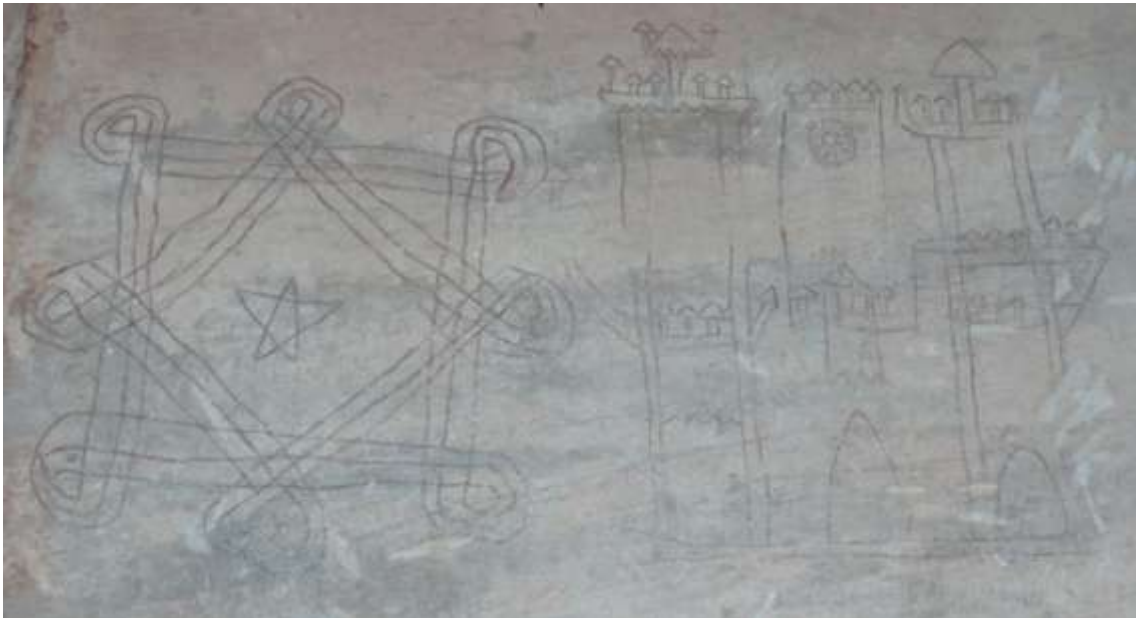


ARTE RELIGIOSO EN EL INICIO DEL CAMINO DE SANTIAGO (y II)

Moisés Cayetano Rosado

¿Por qué no continuar -ahora en La Rioja- por un detalle curioso, dentro de la espectacularidad de lo que pocos ignoran: los monasterios de Suso y Yuso, en San Millán de la Cogolla? Esa curiosidad son los grafitis del Monasterio de Suso, primitivo cenobio visigótico de ampliación mozárabe y terminación románica, que no tiene rival.

¿Ha reparado el visitante en los grabados de su exterior porticado? Nombres y dibujos ingeniosos que hoy serían atentado terrible contra semejante patrimonio arquitectónico, pero -encuadrados en su época- resultan cuando menos sorprendentes. Son un detalle ingenuo dentro de la grandeza del conjunto.



Saltando al noroeste, nos internamos en la Rioja alavesa, donde hay que visitar sin excusa la población de Laguardia. Ciudad-fortaleza que rivaliza con las de mayor encanto de legado medieval. Y entre lo mucho que atesora, la admirable portada de la Iglesia de Santa María de los Reyes, que conserva como ninguna la policromía de su portada, gracias al resguardo de su cubierta exterior.

Todo el ingenio del clasicismo gótico se derrama por columnas, arquivoltas, tímpano y parteluz, resaltando la Vida de la Virgen, asistida por ángeles,

apóstoles, santos, reyes; escenas de la Anunciación, Nacimiento, Adoración de Jesús; su muerte y resurrección gloriosa; esa magnífica talla con su Hijo, bajo dosel...



La Virgen con el Niño en su regazo es temática recurrente en la escultura religiosa de toda la cristiandad, muy repetida en esta zona, como Madre amantísima, o como Nueva Eva trayendo el mensaje de la Redención. Así, por ejemplo, en esta talla románica exenta de la Catedral de Santo Domingo de la Calzada, que tiene suavizado el hieratismo de la época gracias a lo curvado de los rostros -especialmente el materno-, la carnosidad de los labios y el resalte de pómulos y mejillas.

¡Cuánto nos queda atrás! De los lugares nombrados -por los que no hemos pasado más que de puntillas-, como de tantos otros (Haro, Cañas, Puente la Reina, Yesa, Artajona, Tafalla, Olite, Calahorra...).

Dejo para final la inabarcable Nájera. Y traigo de ella un mínimo detalle: uno de los lados de la tapa (solo la tapa se conserva) del Sepulcro de Blanca de Navarra, del Monasterio de Santa María la Real. Magnífico relieve sepulcral románico, como tantos otros que la zona atesora.

En este caso, mostrando en la parte superior al Pantocrator en la mandorla mística, acompañado del Tetramorfos y los Apóstoles, y en el lateral la muerte de doña Blanca, asistida por ángeles en el centro, y a sus lados escenas de

dolor, destacando su esposo -Sancho el Deseado, que encargó esculpir este sarcófago-, de espectacular expresividad.





Hagan la ruta. Es imposible describirla. Y apuntarla apenas si resulta ilustrativo. Ver y tocar -como un Santo Tomás-, se hace necesario, para abarcar tanta grandeza y disfrutarla sin reservas.

